

Un liniero de altura

Hace 36 años que Eduardo Izquierdo Rojas se desempeña como liniero en la Empresa Eléctrica de Yaguajay. Desde aquí apuesta por brindar un servicio de excelencia a la población

Greidy Mejía Cárdenas

Tenía 23 años cuando decidió cortarle los pasos a la inexperiencia. Era joven y necesitaba encauzar su camino. Fue entonces cuando la propuesta de insertarse a la Empresa Eléctrica de Yaguajay le vino como anillo al dedo. No perdió tiempo. Se ajustó los cinturones y, a pesar de nunca antes haber rozado un cable eléctrico, se entregó en cuerpo y alma a un oficio que, como tantos otros, demanda responsabilidad y sabiduría.

Con las huellas de la inocencia tatuada en el rostro, Eduardo Izquierdo Rojas cogió su uniforme azul, botas, casco, guantes..., y comenzó a andar. Nadie podía negar que tenía sangre joven. Mientras esperaba por las capacitaciones que lo habilitarían como liniero, se nutrió de las buenas prácticas de quienes ya tenían la piel tostada por el sol.

“Nos auxiliamos mucho de las personas con una vasta experiencia en esta faena y, poco a poco, aprendimos a abrir huecos, a manipular las líneas, y hasta subimos algunos postes. Esto nos aportó destreza. Tanto es así que cuando llegó el curso para acreditarlos ya teníamos una noción de lo que iba a ser este tipo de trabajo.

“Sin embargo, a través de la superación que recibimos en la Escuela de Capacitación de Linieros de Sancti Spíritus, adquirimos todas las herramientas necesarias para el trabajo. Aprendimos la técnica para subir los postes, a cambiar aisladores y a tensar líneas. Después salimos a trabajar”, cuenta

este yaguajayense con el desenfado propio de quien ama lo que hace.

Pero Eduardo no es de los que se conforman con lo que saben. Y mucho menos se cruza de brazos. En cuanto tuvo la oportunidad de perfilar sus conocimientos, superó los escollos y se convirtió en liniero C, B y A, hasta llegar a liniero en caliente.

“En el municipio de Yaguajay estuve trabajando alrededor de ocho años en una de las brigadas de construcción y mantenimiento. Dentro de ella lo mismo reparábamos las líneas que atendíamos interrupciones. Esta etapa fue, sin dudas, una escuela”, manifiesta Izquierdo Rojas.

Tal vez por eso, al crearse el Centro de Operaciones de la provincia, solicitan el servicio de este contingente en aras de que asumiera las mismas funciones que desempeñaba en el territorio. De esta forma los siete linieros que la integraban partieron hasta Sancti Spíritus para prestar servicio en todos los municipios de la provincia.

“Este compromiso exigió que nos entregáramos de verdad, porque nos alejamos de la familia para garantizar el servicio eléctrico en cualquier rincón de la geografía espiritana.

“En el transcurso de este tiempo, como es costumbre en situaciones de desastres naturales, tuvimos que brindar nuestro aporte a provincias hermanas como Pinar del Río, Matanzas, Villa Clara y Artemisa, las cuales tuvieron afectaciones debido al paso de huracanes.

“Con este tipo de ayuda dejamos claro cuáles son los principios de los trabajadores eléctricos, quienes nos consagramos en escenarios de contingencia, con el propósito de asegurar el servicio eléctrico a la población”.

Bajo esta premisa Eduardo ha trabajado siempre. Por ello permaneció durante 23 años en dicha brigada de la provincia, donde alcanzó, incluso, la categoría de liniero energizado hasta 220 kV. La experiencia, quizás, le abrió las puertas para cumplir misión internacionalista en la República Bolivariana de Venezuela.

“En ese país llegamos hasta los estados de Guarico, Falcón y Carabobo, pero no solo a las ciudades, sino a zonas apartadas, verdaderamente intrincadas. Nos guiaron los propios venezolanos y realizamos labores de construcción, mantenimiento y poda. También dentro de esos dos años de misión, vinimos a la Patria a solucionar los daños que dejó el ciclón Sandy en la región oriental de Cuba. Después, concluimos la tarea en la tierra de Chávez”, confiesa.

Pero, como los verdaderos hijos siempre vuelven a su terruño, Eduardo decidió regresar a Yaguajay. Tras su llegada volvió a sus inicios: liniero en la brigada de construcción y mantenimiento de la UEB. Después, se incorporó al servicio de guardia eléctrica.

Y aunque muchos crean que en medio de la actual contingencia energética por la que atraviesa el país, los trabajadores eléctricos tienen poco que hacer, Eduardo es testigo de todo lo contrario.

“Trabajamos en turnos de 24 horas y abarcamos desde la Empresa Flora y Fauna, hasta los límites con Florencia. En estas zonas atendemos las quejas de la población en el menor tiempo posible y, aunque no haya servicio en las viviendas, le damos mantenimiento a la línea. Lo importante es que los clientes queden satisfechos con lo que hacemos”, asegura.

En este empeño cumple al pie de la letra las cinco reglas de oro de este oficio. En ellas reposa su seguridad, esa que lo ha librado de accidentes en el transcurso de estos 36 años de labor. “Mientras me sienta bien seguiré trabajando, porque no quiero estar tranca'o en la casa”, concluye.



María junto a parte de su familia. /Foto: Cortesía de la entrevistada

Madre con mandarrias y flores

Florencia María Fernández es una espiritana con más de nueve décadas de vida que no teme a la muerte

Xiomara Alsina Martínez

Con la exactitud del reloj, un verbo claro y la respuesta a flor de labios y con un carácter fuerte y dulce a la vez, se presenta Florencia María Fernández Gómez, una espiritana de 92 años que en su corazón guarda un valioso tesoro: criar a 12 hijos, ser conocedora de la ganadería, trabajar al lado de la Federación de Mujeres Cubanas y, como parte de esta organización, haber sido invitada al acto central por el 26 de Julio de 1986, ocasión en la que, sentada en la silla número 5, Fidel se le acercó y, en un gesto de cariño, le acarició la frente.

Cuando María —como cariñosamente la llaman sus familiares y amigos— abre el umbral de sus recuerdos, hasta la tierra se estremece, nadie como ella para decir la fecha de nacimiento y los nombres de cada uno de sus descendientes, no olvida el sitio donde nació en Sancti Spíritus el 29 de abril de 1930, ni tampoco que vivió una parte de su vida en la finca Sitio Río, cerca del cebadero de reses de la zona conocida como Los Galleguitos, en Peralejo, hoy en el municipio de La Sierpe.

MI PADRE FUE LUZ Y GUÍA

“Un día discutí con mi tío porque no creía que con solo 10 años pudiera ordeñar y enlazar vacas, entonces se lo demostré halándole las tetas a una novilla hasta sacarle toda la leche, esas enseñanzas se las debo a Francisco, mi padre, que vino de España y aquí conoció a mamá, con la que tuvo cuatro hijos y fundó una familia.

“De él heredé el empuje, la fuerza de voluntad, esas ganas de prosperar para que no faltara nunca un plato de comida en la mesa. Por eso

cuando me casé, con solo 20 años, con el único novio que tuve en mi vida, seguí al lado de papá, apoyándolo en todo, le llevaba la contabilidad y los papeles de la finca, sabía de memoria el manejo de todo”.

¿Cuándo nace su primer hijo?

Al año de haberme casado, yo tenía 21 ya cumplidos, fue un varón al que le puse Manuel Reinaldo, él murió a los siete años enfermo de leucemia; la segunda fue Dulce María, que también murió hace años. Después llegaron Mariana Virgen, Mercedes Concepción, Nilda Encarnación, Fidelia Emerlinda, Arley Filomeno, Ada Iradilia, Belkis Flora, Beatriz Gertrudis, Ceida Luisa y Lidia Rosa, todos con doble nombre, porque quise mantener la misma tradición de mi papá, que era español y acostumbraba llamar así a sus descendientes”.

Con las manos entrelazadas sobre el pecho, María desanda los recuerdos, paso a paso recorre cada vericueto de su extensa vida, suspira profundo y dice: “Sin papá no habría podido salir adelante, yo cobraba una pensión por la venta de las tierras, entonces ya la vida en Peralejo no era igual, comenzó el plan Sur del Jíbaro y no quise irme a vivir para los edificios, por lo que decidí comprar una casa para acercarme a la ciudad. Así fue cómo llegué a El Capitolio, cerca de Banao, con todos mis hijos”.

UNA MUJER SOLA SÍ PUEDE SALIR ADELANTE

Sin esperárselo, la vida conyugal de María le hizo una mala jugada, para ese entonces tenía casi 40 años y la más pequeña de sus hijas contaba solo con seis meses de nacida. “Una acción indebida de mi esposo fue el detonante para que acabáramos sepa-

rados, no dudé en seguir mi camino sola, ya en la casa de El Capitolio, allí criaba animales, sembré árboles frutales, la tierra no era mucha pero siempre le sacaba provecho”.

¿Cómo llega a Banao?

Años más tarde me mudé para Banao, la casa de El Capitolio estaba en mal estado y con la madera que recuperamos y vendimos compré otra casita, así comenzó otra etapa de buenas experiencias en mi vida, ya con muchos más años, pero sin descanso, me vinculé a un Círculo de Abuelos como activista, hacíamos cumpleaños colectivos y montábamos unas mesas en vísperas de los aniversarios de las organizaciones que eran la atracción de todos.

¿Algún reconocimiento en su vida?

Claro, me dieron muchos, entre ellos, un televisor Panda, un subsidio con materiales para reparar la vivienda, un teléfono, medallas y diplomas, pero el mayor estímulo fue haber estado tan cerca de Fidel.

¿Le teme a la muerte?

Cómo temerle a la muerte, así he vivido 92 años, el tiempo pasa y mientras tanto yo sigo aquí, porque si me dio la covid y la rebasé, creo que habrá María pa' rato.

Ahora paso los días en casa de mis hijas, o del único varón que me queda; a ellos se lo di todo: amor, cariño y muchas horas de desvelo, ahora les toca a ellos cuidarme.

Claro que he pensado en la muerte, pero no le temo, mucho menos viendo a mi familia, que es muy unida. Aquí nadie es eterno y el día que no esté, mis hijos me recordarán como lo que fui, una madre con mandarrias y flores, porque cuando era necesario reclamarlos lo hacía, pero cuando tenía que elogiarlos y darles amor, ahí estaba yo.



El liniero apuesta por atender las interrupciones en el menor tiempo posible. /Foto: Alexis Padilla